

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

LOS PRIMEROS AÑOS DEL GUERRILLERO

LA DEFENSA DEL HONOR DE UNA HERMANA PROVOCÓ SU PRIMER HECHO DE SANGRE

Al ser burlada Martina Villa por un hacendado, Francisco se remontó
a la sierra jurando vengarse del seductor

Su captura y su amistad con quien después fue
su famoso lugarteniente: Tomás Urbina

DESDE PEQUEÑO, FRANCISCO, BUEN HIJO, SE REVELÓ
COMO HOMBRE DE GRAN CARÁCTER

A los diez años de edad y viuda su madre, se dedicó al comercio de
leña en su pueblo –Río Grande, Durango– para sostener a su familia

¿CUÁL FUE EL ORIGEN DEL NOMBRE DE DOROTEO ARANGO,
INVENTADO DURANTE EL PODERÍO CARRANCISTA?

El convencionismo

CAPÍTULO II

En medio de la guerra civil más cruel y más injustificada que se haya registrado en la historia de México, el hombre que había llevado sus soldados a las más espléndidas victorias y que causó la envidia de un grupo de burócratas ávidos del poder, recibió un sobrenombr que, agregado a la fama de bandido que los odios políticos le habían asignado, lo hacía aparecer como el más grande de los rufianes.

Cuando la lucha por el poderío de don Venustiano Carranza, a fines de 1914, anunciaba ya la proximidad de una tragedia, Francisco Villa fue convertido en Doroteo Arango, por obra y gracia de uno de los agentes carrancistas que operaban a lo largo de la frontera norte.

Cuatro años hacía entonces que Francisco Villa había caído como un rayo sobre los campos de batalla, y durante esos cuatro años, y mientras que los odios y las ambiciones no habían llegado al desenfreno, el guerrillero seguía siendo Francisco Villa: un rudo montañés que habiéndose unido a la revolución de noviembre de 1910, por sólo tener el gusto “de dar la mano a don Panchito Madero”, había llegado a convertirse en uno de los jefes más poderosos en la guerra civil.

“VILLA” Y “ARANGO”

Francisco Villa no tuvo más nombre que el de Francisco Villa al quedar dueño del estado de Chihuahua; tampoco perdió su nombre con sus victorias de Torreón y de Zacatecas.

Pero hasta Zacatecas había servido a un jefe, a Venustiano Carranza; después de Zacatecas, fue él el jefe de un grupo que, interpretando o no el sentido nacional, era de todas maneras tan respetable como el otro capitaneado por Carranza.

Convertido en jefe de grupo, Villa supo de los más procaces ataques de sus enemigos políticos. Jamás caudillo mexicano alguno ha sido objeto de tanto oprobio como lo fue el general Villa. Todavía después de su muerte y mientras que otros hombres que asesinaron a sangre fría, que asesinaron no en el momento de la guerra, sino en el instante de la paz, reciben los más altos elogios, Villa continúa siendo la víctima de las más sangrientas leyendas.

Ninguna prueba ha sido encontrada hasta ahora de que en la familia Villa hubiera existido alguna persona apellidada Arango; ni tampoco ningún Arango protegió a Francisco, como dice otra versión. Lo más probable es que lo de Arango haya sido inventado por los enemigos políticos del general, haciendo una dislocación fácil del nombre del estado de Durango. Encontrado el nuevo apellido, ningún otro nombre más a propósito para señalar a un fascinero ignorante y cruel que el de Doroteo.

RÍO GRANDE

Los padres de Francisco Villa fueron Agustín Villa y Micaela Arámbula, ambos originarios del estado de Durango, pertenecientes a humilde y honesta familia que radicó por largos años en Río Grande, Durango, en donde el futuro guerreador nació el 4 de octubre 1877.

Río Grande fue un pueblo agrícola de cierta importancia, hasta mediados del siglo xix, cuando las haciendas cercanas le fueron usurpando sus tierras, hasta dejarlo convertido en una triste y ceniza aldea que daba buena cantidad de peones a los hacendados de la región, y además tenía fama como centro de galleros y de vaqueros.

Algunos de los viejos vecinos de Río Grande habían logrado conservar sus pedazos de tierra, constituyendo pequeños ranchos. Propietario de uno de estos pequeños ranchos era Agustín Villa.

Cinco hijos tenían los esposo Villa en 1884, cuando murió don Agustín. El mayor de ellos era Francisco y tenía siete años de edad; le seguían Antonio, Hipólito, Martina, Mariana.

Aunque la familia Villa vivía siempre en pobreza, a la muerte del jefe de la casa, la miseria y la desolación llegó a aquél lugar, y Pancho tuvo necesidad de dedicarse, a pesar de su corta edad, al trabajo.

LEÑADOR

Diariamente se veía a Pancho salir de su casa para dirigirse, armado de un machete, a un bosque cercano, en donde con no pocas dificultades cortaba algunos pedazos de árbol para irlos a vender al mercado de Río Grande.

El convencionismo

Para sostener al resto de su numerosa familia, la viuda de Agustín Villa se había visto en la necesidad de trabajar para algunas familias del pueblo. Gracias al trabajo de la viuda y a los esfuerzos del pequeño Pancho, la familia podía cubrir sus más imperiosas necesidades, aunque la miseria seguía reinando en aquella humilde casa.

El empeño de Pancho para ayudar a su madre y a sus hermanos atrajo sobre él la mirada y el apoyo de un comerciante de Río Grande, don José Valenzuela, quien habiendo llamado un día al pequeño, le hizo saber que estaba dispuesto a ayudarle a fin de que llegara a ser un hombre de bien.

Pancho se había desarrollado, a pesar de lo duro de su trabajo, espléndidamente. A los once o doce años era un verdadero mocetón, que podía cargar una buena carga de leña sobre la espalda. Fue entonces, gracias a la ayuda del señor Valenzuela, que el mayor de los Villa pudo comprar un burro, que le fue de gran utilidad en sus tareas. Gracias a la bestia de carga, la familia Villa sintió un grande alivio en sus necesidades económicas. Pancho pudo hacer más largos viajes para lograr una mejor calidad de leña; además, las cargas eran mayores y el pequeño puesto que tenía en el mercado del pueblo y que a veces atendía su madre y otras su hermano Antonio, fue ampliado.

PROGRESOS

Los primeros beneficios obtenidos por Pancho gracias a la ayuda de don José Valenzuela, se tradujeron en “tendidos” para su familia. Desde que había muerto don Agustín y la viuda se había visto precisada a vender el pedazo de tierra que poseía su esposo, así como el humilde mobiliario de su casa; la señora y sus cinco hijos tenía que dormir sobre el suelo desafiando al frío y a las alimañas.

Así, cuando Pancho logró aumentar sus ganancias, su primera disposición fue la de comprar “tendidos” para ver a su madre y a sus hermanos dormir sobre sencillas camas y cubrirse, ya no con pedazos de manta, sino con buenos sarapes.

Era Pancho la adoración de su madre y para sus cuatro hermanos, el jefe de la casa. Tal fue el respeto que desde su corta edad infundió a sus hermanos, que en los días que se convirtió en el poderoso hacendado de Canutillo, sus hermanas le saludaban siempre besándole la mano.

José C. Valadés

La fama de Pancho en Río Grande era la de un muchacho honrado y trabajador. Además, se decía que tenía una viveza muy especial, y aunque de un carácter un tanto pendenciero, se absténia de obrar a sus anchas, para no perjudicar su pequeño comercio y causar nuevos males a su familia, ya que bastante había sufrido desde la muerte de don Agustín.

Por otra parte, el señor Valenzuela ejercía sobre él una gran influencia. El rico comerciante le había tomado gran cariño, máxime que veía cómo aquel muchacho, sin faltar jamás a sus deberes, continuaba progresando.

NUEVO PROGRESO

Para Pancho era un orgullo ser el sostén de su madre y de sus hermanos, a quienes después de dar el “tendido”, se dispuso a “trajearlos”.

Muchos años más tarde, cuando hablaba de los días más gratos de su vida, Villa recordaba aquel en que había podido trajear a sus hermanos y hacerlos salir de la miseria en que habían vivido desde la muerte de su padre.

Después de haber pagado al señor Valenzuela el dinero que le había facilitado para comprar el burro, Pancho pudo adquirir otras bestias. Empezaba a ser comerciante formal; ya no solamente vendía la leña en Río Grande, sino que tenía repartos en los pueblos y haciendas de la región, y a veces se ausentaba de su pueblo natal por varios días para poder cumplir con sus compromisos comerciales y sabiendo que su puesto en la plaza lo desempeñaban sus hermanos Antonio e Hipólito.

Durante esas correrías comerciales por los pueblos de la región, Pancho conoció a un hombre que 20 años después habría de ser uno de sus brazos fuertes en la guerra: Tomás Urbina, joven dedicado a la arriería y que, como él, desde muy temprana edad se había dedicado al trabajo para poder ayudar a su pobre madre.

Urbina era muy conocido en la región, y de él se hablaban ciertas cosas nada buenas; pero su carácter ambicioso y agresivo encontró seguramente en Pancho un buen amigo, y así se les veía entrar y salir siempre juntos a Río Grande.

El convencionismo

UNA MALA NOTICIA

Por el año de 1897, una vez que regresó a su pueblo después de haber estado ausente varios días entregado a su comercio, Pancho recibió de su madre una mala noticia. Supo Villa que su hermana Martina tenía relaciones amorosas con un hacendado de las cercanías de Río Grande. Martina tenía entonces 15 años y el mismo Pancho le llamaba la “monita” de la casa. Era en verdad, Martina, una guapa ranchera, muy desarrollada.

El disgusto que los amoríos de Martina con el hacendado causó a Pancho fue enorme. Muy seriamente reconvino a su hermana, tratando de hacerle comprender que aquel rico hacendado no la quería “para nada bueno”; que no era posible que un hombre de la posición del hacendado se fijase en una muchacha pobre para hacer de ella su esposa; que de continuar esos amores, Martinita daría un mal rato a su madre y a sus hermanos. Al mismo tiempo, Pancho encargó a Antonio y a Hipólito que vigilaran muy de cerca los pasos de su hermana; que hicieran todo lo posible para que, durante la ausencia de él, la joven no estuviera al alcance del hacendado, previendo ya una tragedia en su hogar.

Gracias a la actitud resuelta de Pancho y a los juramentos que había hecho antes sus hermanos y amigos de que castigaría duramente al hacendado en caso de que burlara a su hermana, durante varios meses el enamorado galán se abstuvo de cortejar a Martina.

LO PREVISTO

Cuando después de algún viaje comercial, regresaba Villa a Río Grande, lo primero que investigaba era si el hacendado había insistido o no en sus pretensiones, y al saber que su hermana parecía haber sido ya olvidada, se tranquilizaba.

Sin embargo, en alguna ocasión no faltó quien le advirtiera que las citas entre su hermana y el hacendado continuaban, burlando la vigilancia que Hipólito y Antonio tenían establecida y a pesar de los cuidados de doña Micaela. Tanto disgusto a Pancho esta noticia, que marchó en busca del galán, a quien hizo saber que de seguir en su empeño de burlar a Martina, lo castigaría sin piedad.

José C. Valadés

Las amenazas de Pancho y los cuidados de la familia no fueron suficientes para evitar que un día Martina desapareciera de su hogar. Villa no estaba entonces en su pueblo, pero al llegar y conocer la noticia, partió violento en busca del raptor. A nadie avisó lo que iba a hacer y sólo se le vio partir para no volver en muchos años a su pueblo natal, y emprender después una vida de inquietud que, según la leyenda, fue aprovechada para dedicarse al bandolerismo.

EL *OUTLAW*

A los veinte años, Francisco Villa era ya un hombre hecho y derecho. Hacía trece que había asumido el carácter de jefe de su familia y esto, aunado a su gran carácter, a su desmedido valor, a su vigorosa constitución física y al desconocimiento de otro sentido de justicia que no fuese el de su propia mano, le había curtido ya un corazón de temerario.

Al salir de Río Grande para convertirse en un perseguido por la justicia, en un *outlaw*, Villa tenía la seguridad de que el pan ya no volvería a faltar en su casa; que Antonio e Hipólito eran hombrecitos capaces de sustituirlo; de que su pequeño comercio estaba encarrilado y seguiría siendo el sostén para su madre y sus hermanos.

No le interesaba, pues, lo que quedaba atrás; lo que le importaba era el ejercicio de la venganza; la venganza del primitivo, pero no podía entender otra clase de venganza quien había quedado en la orfandad a los siete años y para quien a tan corta edad había tenido que enfrentarse a los duros problemas de la vida diaria.

EL ENCUENTRO

Para un hombre que, como Villa, había recorrido todos los caminos y veredas de la región durante largos años, el raptor de su hermana no podía escapar, aunque hubiese elegido el mejor de los escondites. Pancho había aprendido a bajar y a subir la sierra, y el enemigo no podía escapar de sus manos. Así, lo encontró bien pronto, pero al descubrirlo, ya Martina no estaba a su lado. Sus sospechas –las sospechas del bruto montañés que veía en aquel hombre rico a

El convencionismo

un futuro sátiro— se había confirmado. Tras de burlar a Martina, el hacendado la había despachado de vuelta al lado de su madre, a Río Grande. Aquel hombre nunca había tenido intenciones de hacer de aquella guapa rancherita una esposa. La pobre de Martina tendría que llorar muy amargamente su debilidad, su deshonra.

Al encontrar al hombre que había burlado a su hermana, Pancho no supo de otra cosa que matarlo. ¿De qué otra manera podía borrar la afrenta un hombre que había crecido como Villa?

El hacendado resultó gravemente herido. La forma como lo hirió Villa no fue contada jamás por el futuro general. Solamente el expediente del juicio que se abrió con motivo de este caso, podrá decirlo; todavía se encuentra esperando las manos del primer investigador en el archivo judicial de la ciudad de Durango.

Después de haber visto caer al hombre que había deshonrado a su hermana, Pancho Villa se convirtió en un fugitivo de la justicia. En dónde se ocultaba, nadie, a excepción de Tomás Urbina, lo sabía. Urbina era quien le llevaba el poco dinero que le enviaba doña Micaela; era también quien le tenía al corriente de todos los pasos que daban las autoridades para descubrir su paradero. Fue también quien le hizo saber que el hacendado no había muerto a pesar de haber quedado muy mal herido.

GESTIONES EN SU FAVOR

En esos días o semanas que siguieron a la agresión, Villa no tuvo más actividades que las de ir de un lugar a otro, con la esperanza de que las autoridades le hicieran justicia; creía que le harían justicia al saber que si había herido al hacendado había sido por lavar la deshonra de su hermana.

Confiaba, además, en la ayuda de su viejo protector, don José Valenzuela. En efecto, el señor Valenzuela al saber lo que había sucedido, abonó la conducta de Pancho; hizo saber a las autoridades cómo el joven había obrado impulsado por la defensa de la honradez de su hogar. Hizo que la madre de Villa hiciera un viaje a Durango para hablar con el gobernador y con el juez que tenía a su cargo el caso, para explicar la conducta de su hijo.

Se dijo por ese entonces que Villa capitaneaba una gavilla de bandoleros que se dedicaban al abigeato, que era tan común y corriente en los pueblos y

José C. Valadés

haciendas de la sierra. Era inútil que doña Micaela asegurase que su hijo era ajeno a esas actividades y que solamente se había remontado para escapar de la persecución de que era objeto.

DECIDIDO A EMIGRAR

Estas noticias que le llevaba Urbina, y que le hacían comprender que no alcanzaría la justicia que él esperaba, hicieron que Pancho perdiera poco a poco la esperanza de evadir para siempre la persecución. Se resolvió, entonces, a salir del estado de Durango y marchar a algunos de los estados limítrofes en donde no era conocido y podría dedicarse al comercio.

Pero antes de salir de Durango; antes de huir bien lejos de su pueblo natal, antes de abandonar, quizás por muchos años, a su madre y a sus hermanos, quiso despedirse de ellos y se propuso entrar una noche a Río Grande, pero Urbina lo disuadió, diciéndole que aquella aventura era extremadamente peligrosa y le podía costar la cárcel por muchos años.

Aquel hombre que desde su tierna infancia se había acostumbrado a la libertad; que amaba las montañas, no podía convenir en tener que pasar años enteros tras de las rejas de la cárcel. Convino en que no iría a Río Grande; pero sí a un pueblo cercano en donde podría pasar por un desconocido y a donde podría ir su madre para darle un abrazo de despedida.

Avisó a doña Micaela en donde se podrían reunir, y creyendo fácilmente escapar a la persecución y ponerse a salvo de las autoridades de Durango, fue a un pueblo de las cercanías de Río Grande.

LA CAPTURA

No recordaba Villa que después de tantos años de comerciar por la región, no había lugar en donde no lo conociesen. Ignoraba también que las autoridades judiciales de Durango habían enviado exhortos a todos los pueblos de la región. No imaginaba que el raptor de su hermana hacía cuantos esfuerzos podía para ayudar a las autoridades a la captura de su heridor.

Llegó confiado al pueblo, esperando que ese mismo día podría ver a su madre y decirle con cuánta pena la abandonaba. En el pueblo encontró ami-

El convencionismo

gos, quienes ya sabían de su situación, y antes de poder evitar que el vecindario se diera cuenta de su presencia, ya que las autoridades le buscaban para dar enseguida con él.

Aquellas autoridades que habían sido advertidas que se encontrarían con un peligroso criminal le ataron de pies y manos, y sin darle tiempo a que esperara la llegada de doña Micaela, lo enviaron debidamente escoltado a la ciudad de Durango.

Villa llegó a la capital del estado con la fama de un bandido. Ya no solamente se le juzgaría como agresor y heridor del hacendado que había deshonrado a Martina, sino también como el jefe de una partida de abigeos.

Probó así Pancho, por vez primera en su vida, lo que es la prisión, e inconforme y desesperado, se dispuso desde luego a fugarse. Un hombre de su temple no había de perder así, tan fácilmente, su libertad, y menos cuando tenía la conciencia de que había obrado en defensa del nombre y honra de su hermana.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 28 de abril de 1935, año XXII, núm. 75, pp. 1-2.